

¡ANDE EL MOVIMIENTO!

Periódico Serio  Sin licencia eclesiástica

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
 En Elohe, mes, 0'25 ptas.-Fuera, trimestre, 1'25
 Extranjero, id. 1'75.-Número suelto, 5 cént.

Redacción y Administración:
 Barrio de San Jerónimo, n.º 20

No se devuelven originales
 Inserciones, anuncios, reclamos y
 comunicados, á precios económicos

TROPEZONES

No tengo el gusto de conocer al colaborador de *La Defensa* A. Penalva, y lo siento de verdad.

Me regocijaría la amistad con hombre de tan diversas aptitudes que, según mis noticias, así maneja la pluma como empuña el palustre.

Y aún puede que haga las dos cosas á un tiempo. Y que las haga mal.

Porque la más pequeña distracción, puede echar á perder sus distintas y delicadas producciones.

Ahora hace unos días se distrajo *por mor* de la simultaneidad de sus dos ocupaciones, y si vieran ustedes qué palustradas sacudió á unas pobrecitas cuartillas intituladas "El 1.º de Mayo...".

A mí me dió un ataque de risa cuando las leí, pero ya se me pasó, y ahora, serenamente, voy á comentarlas con estos dos objetos:

Humillar á la pluma y esaltar al palustre.

Lo digo así, clarito, para que Penalva me entienda.

No le vaya á pasar con mi artículo, lo que le ocurrió con aquellos discursos del 1.º de Mayo que por no entender, le sumieron en fatigosa meditación durante un año, día más que menos.

Primero es lo primero, y si Penalva si-

gue meditando, y «la meditación le embarga», y «le confunde» y «le desorienta», no digo yo que Penalva pierda la cabeza, pero sí el tiempo.

Y él no lo puede perder.

Porque es «un trabajador» y si no trabaja no come.

No les ocurre eso, ciertamente, á sus amigos los curas, ni á los ricos que protejen con su dinero los refinamientos de la devoción.

Esos no trabajan y comen.

Pero, los últimos han heredado fortunas que sus abuelos acapararon por valor de rentas. Esas rentas proceden de los oficios productivos, del trabajo, del palustre, en una palabra. Representa «el interés» que sacan á los medios de producción de que ellos, los ricos, son poseedores.

Penalva trabaja con el palustre para pagar ese «interés», sin el cual no podrían vivir tan respetables holgazanes.

Claro que es la riqueza fuente de pecado, y que por conseguirla cometen los hombres sus mayores crímenes, claro que Cristo abominó de ella porque su preclara inteligencia así lo comprendió.

Pero los ricos no quieren desprenderse de sus tesoros, mientras medran á costa del «interés», millones y millones de niños pobres, mueren por falta de alimentación, de higiene, de vestidos.

Y sus padres, anémicos, raquíuticos, tu-

berculosos, amenazados con una muerte prematura á que les lleva su excesivo trabajo, pretenden que desaparezcan esas riquezas, á las que son ajenos, y para cuyo fomento han de fatigar, mermar y aniquilar sus fuerzas vitales.

De ahí su unión, la asociación de los pobres, de los trabajadores, de los explotados que no se avienen á restar energías á su cuerpo para proporcionar placeres á los vagos, en contra del actual régimen, y en demanda de una «forma de organización colectivista del trabajo.»

En demanda de un régimen social justo, en que todos trabajen.

Y en que todos coman, y puedan alimentar á su prole.

Es el palustre empuñado, no solo por Penalva sino también por sus amigos los curas, y sus correligionarios los ricos.

Y el 1.º de Mayo, sirve á maravilla, para demostrar al mundo entero, que el proletariado no es tonto y que por no serlo, sabe que sus músculos y su sangre se ponen á contribución en las fiestas, devaneos y banquetes de los poseedores de riquezas.

Lo sabe, y pide la desaparición de los tesoros, fuente de pecado, para que todos seamos buenos, y nos abracemos fraternalmente en el trabajo.

Es la mismísima doctrina de Cristo, aplicada á esta época en que el capitalismo comete los mayores desenfrenos.

Y es la doctrina que conviene á Penalva, pobre cristiano, para alivio de sus lágrimas terrenales y como garantía de la salvación de su alma. Amen.

FERNANDO FENOLL



Cruces y bailes

Sin saber cómo, nos vemos precisados á meternos á redentores. Y es que ocurren cosas, que no podemos pasar por alto.

Vamos á hacer referencia, al día de la Cruz.

Sabíamos que existía un día en el año, que los católicos lo dedicaban á levantar altares adornados con flores, más ó menos artísticamente, colocando sobre ellos una cruz, también más ó menos artística. De esto estábamos enterados. Pero lo que no sabíamos, porque no cabía en nuestra imaginación, es que delante de los altares y de las cruces se corrieran juergas y se organizaran bailoteos.

El otro día asistimos, por curiosidad, porque nos gusta verlo todo, á una de estas juergas. Más nos valía no haberla presenciado, porque no sacamos más que tristeza é indignación.

Miramos á la cruz, y á nuestra memoria vino el recuerdo, de que allí, atravesadas las manos y atravesados los pies por sendos clavos, murió crucificado aquel gran hombre que dedicó toda una vida de sacrificios, por la redención humana. Aquel hombre, justo, bueno, tierno amador de los pobres y desvalidos, é iracundo reprochador de hipócritas y fariseos. Aquel hombre, en fin, inteligente y sabio, á quien no reconocemos más que un error gravísimo: el de llamarse hijo de Dios.

Allí estaba la cruz, y allí nos parecía estar viendo el cuerpo vejado, demacrado, ensangrentado del Jesús á quien vosotros, católicos, adorais en vuestras iglesias.

Sentíamos recogimiento en nuestro espíritu, ante tales recuerdos. La contemplación de una cruz, no debe mover más que á la meditación.

Pero los católicos de hoy no piensan así. Buena prueba de ello, nos la daban las innumerables parejas que, apretadas, unidas estrechamente, danzaban sin cesar, moviendo sus pies al compás de las cadenciosas y rítmicas notas de un vals ó una habanera.

La cruz, no despertaba para aquellos seres, todos católicos, ningún sentimiento de respeto, puesto que en sus caras no veíamos más que el desco del sensualismo, despertado por los roces, los apretones y la voluptuosidad del baile.

Indignados, no quisimos contemplar por más tiempo el espectáculo. Tuvimos deseos de gritar con todas nuestras fuerzas ¡¡Sacrílegos!! Nos contaba una voz interior que filosóficamente nos decía:

—No hay que alterarse. Ellos son los que creen y son los que pecan. ¿Puede haber mayor elocuencia?

FRANCISCO G. DALMAU



La cuestión clerical

Limitar la influencia clerical en España, es una de las principales condiciones de nuestra vida de nación moderna. Para reformar un pueblo, hay que reformar antes á los hombres que lo componen, y el español necesita, ante todo, que lo limpien y lo sanen de los gérmenes de pereza, resignación, falta de voluntad, confianza en lo maravilloso y anemia mental, que cuatro siglos de educación puramente religiosa le han infiltrado hasta la médula.

No quiero decir que la regeneración de todos los españoles se cifre en que sean irreligiosos. Yo, que lo soy, no creo preciso para mí vida que los demás lo sean. Un pueblo puede ser grande, civilizado y próspero, siendo religioso, lo que ocurre con la mayoría de las naciones protestantes. Lo que no puede admitirse es el exceso de religiosidad: la creencia en lo divino, saliendo del templo para meterse en la escuela, en la casa, en la oficina pública, dirigiéndolo todo, regulándolo todo, colocando el catolicismo hasta en la sopa y convirtiendo toda una nación en una especie de sacristía.

Hay ciertas gentes que afirman que en España no existe problema clerical, que aquí la Iglesia no ejerce influencia, que el Estado vive apartado de ella en una gran independencia, cuando aquí es imposible moverse sin tropezar con el enemigo negro y sin sentir el contagio de lo que pudiéramos llamar la peste histórica que hace siglos emponzoña nuestra sangre. Todas las avenidas de nuestra vida están tomadas. Al final de todos los caminos se tropieza con el temible *intruso*, que es nuestro verdadero rey.

No hay que buscar las causas de nuestra decadencia en las guerras que sostuvimos en otros siglos en todos los campos de batalla de Europa y en la conquista y repoblación de América. Pudieron estas sangrias debilitarnos un tanto; pero un cuerpo sano y vigoroso no tarda en reponerse de tales pérdidas. La verdadera causa de nuestra ruina, fué la educación extremadamente religiosa del pueblo español. Hemos pasado siglos aprendiendo á rezar, mientras en el resto de Europa aprendían á leer. Nuestra verdadera grandeza fué en la Edad Media, cuando musulmanes, judíos y cristianos vivían en los reinos de Castilla, Aragón y Granada, en una libertad religiosa semejante á la de los pueblos modernos y el genio nacional, libre de las trabas del fanatismo, marchaba á la cabeza del mundo; industrialmente, con la fabricación de los cueros, las lanas y las sedas; agrícolamente, con la pericia del labriego infiel que convertía en jardines las llanuras de Valencia, Murcia y Granada; intelectualmente, con la famosa aljama de Córdoba, á donde acudían los cristianos de Europa para recoger de labios de los maestros sarracenos los restos del saber griego, casi perdido bajo la inundación de la barbarie escética.

Como dijo Victor Hugo: «España era el primero de los pueblos; pero tuvo la desgracia de vivir á la sombra de dos enemigos: el Rey y el Papa, y esa fué su muerte...» Hoy el rey es poca cosa comparado con el antiguo poderío monárquico. El espíritu del presente y varias revoluciones, han achicado su autoridad tradicional. En vez de mandar, finge que obedece á la opi-

nión, aunque tal obediencia no sea cierta. En vez de reinar contemporiza.

A la antigua y soberbia fórmula «por la gracia de Dios», añade sumisamente «y la Constitución». La historia española habla de reyes destronados. El pueblo ha remangado más de una vez las faldas del antiguo idolo monárquico que infundían espanto y sabe que tiene las piernas de palo. Los monarcas modernos, en vez de derrochar fastuosamente sus riquezas, con la tranquilidad de un porvenir seguro, hacen economías y las colocan en bancos extranjeros, por lo que pueda tronar.

Pero el otro enemigo sigue en pié, arrogante, orgulloso, seguro de su fuerza, sin miedo al porvenir, sabiendo que si en el resto del mundo corre serio peligro, aquí, por más nubes que se amontonen, el pararrayos de la ignorancia y la rutina desviará de él toda chispa mortal. «Noli me tangere». Las revoluciones le han arrebatado el diezmo y las grandes propiedades eclesiásticas, que equivalían á un tercio del territorio español; le han herido en el bolsillo: pero aún dispone de la inagotable renta del Purgatorio, y es la única institución que cobra sus servicios por dos veces, con una mano, del Estado, que le entrega una parte considerable del presupuesto, afirmando después con santa tranquilidad que España necesita caminos, escuelas y un sinnúmero de obras públicas, pero que no puede realizarlas por falta de dinero; con otra mano, del fiel católico, que no encarga misa, bautizo, entierro ó salvación de alma, que no tenga que pagarlo al contado.

Pero el dinero, con ser asunto importantísimo para la Iglesia que fundaron unos pobres pescadores y menestrales, no lo es todo.

Algo hay más esencial para su prosperidad: la influencia, la dominación.

El clero se resigna á una pérdida relativa de sus antiguas riquezas, lo que le permite adoptar el interesante papel de víctima desvalijada, clamando contra el latrocinio de los tiempos modernos; pero se defiende bravamente del menor intento que tienda á disminuir su influencia moral en la vida de la nación, y sobre todo á arrebatarle la enseñanza. Defendiendo su monopolio espiritual sobre los españoles; defendiendo sus intereses materiales. Mientras le dejen fabricar hombres á su gusto, por medio de la enseñanza, tendrá autómatas en vida y en el momento de la muerte; y cuando se domina el alma con la fe en lo maravilloso, fácil es llegar igualmente hasta el bolsillo.

La influencia clerical en España sigue siendo tan poderosa como en el siglo XVII, cuando de siete millones de españoles, quinientos mil eran curas y frailes, lo que daba un resultado de un religioso por cada catorce individuos. Una parte de España, la moderna y progresiva, se ha libertado de esta tutela secular; pero todavía son muchos los que viven sometidos á ella, y aún entre los emancipados se cuentan á miles las coberdías y abdicaciones por la gran influencia que la mujer ejerce en el hogar y la que á su vez ejerce el cura sobre ella.

España es una provincia de Roma. El pueblo se ríe del Papa, pero reyes y gobernantes son súbditos del Vaticano. La amenaza de que el poder papal proteja el carlismo, mete miedo en la plaza de Oriente. La verdadera corona de España es la tiara, siniestro apagaluce que hace siglos gravita sobre la llama nacional.

Somos en todo el mundo latino los últimos prisioneros del César negro. La impia Francia se ha sacudido el yugo y prosigue su carrera gloriosa; la Italia moderna ha realizado su prodigiosa resurrección, al mismo tiempo que confinaba al Papa en el Vaticano: solo nosotros seguimos aguantando la esclavitud de otros siglos.

Lo que es España para la Iglesia, se ve llegando á Roma. El español visita las principales capitales de Europa sin despertar otro sentimiento que una curiosidad de tipo exótico, por ser nuestro pueblo el que menos viaja por el continente.

—¡Un español! ¡Un hidalgo!

Y la gente le examina con cierta decepción al ver que no tiene ningún parecido con Don Quijote. Sólo en Roma provoca un paternal entusiasmo. ¡Un español! Y desde el cochero al hostelero, todos le tratan con la deferencia que merece un buen parroquiano. Las peregrinaciones españolas son las más frecuentes y numerosas, las que mejores ganancias proporcionan á la gente establecida en los barrios inmediatos á San Pedro. España es la potencia amiga, la única que resta verdaderamente fiel al Santo Padre, y esto es un honor que cederíamos por cualquier cosa y aun por nada, muchos centenares de miles de españoles.

¡La enseñanza de la Iglesia! ¡La educación española! Una parte de nuestros males proviene de nuestra política, ó más bien de la falta de toda política; pero esto resulta de proporciones exiguas, comparado con la gran fatalidad de haber sido moldeada nuestra alma durante siglos por manos eclesiásticas.

¿Qué puede esperarse de un pueblo educado por frailes?.. A fines del siglo XVII, cuando ya comenzaban á apuntar en Francia los albores de la filosofía que iban á dar por resultado la Revolución, una junta de teólogos se oponía en Madrid á que se abriese un canal, ideado por los ingenieros extranjeros para traer las aguas del Tajo.

¿A qué ese gasto?—decían los buenos representantes de Dios.—Si el Señor quisiera traer esas aguas, con decir «Fiat», el canal quedaría hecho. Cuando no lo dice, es que no quiere, y resulta temeridad en el hombre el oponerse á sus designios.

Una eminencia filosófica de la época, el Padre Alvarado, lo que llamaban entonces «un pozo de ciencia», sentaba esta proposición en un certamen teológico: «Vale más errar con San Agustín y Santo Domingo, que acertar con Descartes.»

Después de esto y de otros alardes no menos elocuentes de la educación religiosa, como el creerse en la Universidad de Salamanca que las matemáticas eran cosa de magia y brujería, procedían lógicamente los doctores de la Universidad de Cervera al decir ante Fernando VII: «Lejos de nosotros la peligrosa manía de pensar...»

Se dirá que en nuestros tiempos es otra la educación que se da en España, y que la Iglesia, al imiscuirse en la enseñanza, procura darla cierto barniz científico. Aquí de la sabida frase del cuento: «Con azúcar está peor.» Más respetable resulta la santa barbaria del ignorante, que la mixtificación del falsario.

Los niños que asisten á las escuelas de primeras letras de algunas naciones de América, saben cosas que ignorarían licenciados y doctores en España, si no

las aprendiesen fuera de las Universidades. Cualquier compendio que se estudia en ciertas escuelas extranjeras, es más sincero, más honrado y verdaderamente científico que el inmenso montón de voluminosos libros de texto en España. En los últimos años, el profesorado joven ha hecho mucho camino, y España le debe agradecimiento por su obra. Bien se demuestra la bondad de lo que llevan hecho con el odio que siente el clero contra los catedráticos modernos. Pero aún quedan en las aulas muchos energúmenos que vociferan contra lo que no saben, y muchos tímidos y cobardes que se callan lo que saben.

Yo estudié una carrera y fui de aula en aula, desde el primer curso al último, oyendo siempre, lo mismo en derecho que en filosofía, el nombre de Santo Tomás. ¿El primer hombre del mundo? El Angel de Aquino. ¿La obra más portentosa, el tesoro de la sabiduría humana? La «Summa». ¿Había que demostrar algo de un modo que no dejase lugar á dudas? Pues Santo Tomás lo ha dicho. ¿Había que matar y pisotear la maldita sierpiente de la razón humana? Pues á tirarle la «Summa» á la cabeza. Fuera del fraile italiano y de su divino mamotreto, en el mundo no había nada que valiese la pena. Esto aprendí y además oí hablar con gracia una espesa de fraile chistoso de un tal Darwin, un buen señor inglés algo chillado, como todos los sabios laicos, el cual decía que el hombre descende del mono, y pasó por el aula de Economía Política, sin saber ciertamente qué era el socialismo de que hablaban todos los días los periódicos, pero convencido de que el cristianismo es el cúlrao todo, y que con caridad arriba, resignación abajo, mucho catecismo y algún mendrugo, pueden vivir los hombres como en el paraíso. Eso aprendí, y fui una lástima que al abandonar la Universidad me enterase de que «lo del señor inglés y su mono» no era cosa de risa (¡tanto que nos divertíamos en la clase!) y que el cristianismo es un remedio tan dulce, ¡tan dulce! que la humanidad lleva veinte siglos de tragárselo sin notar sus efectos, ni encontrarle otro sabor que las frases relumbrantes y poéticas de la etiqueta. No sé qué es mejor para un pueblo, si la fe brutal é ignorante, con su ceguera que impulsa á las grandes barbaridades, ó esta educación que encubre la mentira bajo una envoltura de falsa ciencia y produce generaciones de doctorcillos que fuera de España harían rer, pero que aquí se mueven, pupulan, lo asaltan todo, intervienen en la política y llevan á la vida nacional la mentira de la enseñanza jesuítica.

Hora es ya de que España arrebaté para siempre la función de la enseñanza á los servidores de la Iglesia; lo mismo los que visten sotana que levita. Perder el tiempo sin acometer esta reforma, será fatal para nuestro pueblo.

Es inútil formar planes de regeneración, desear la reforma nacional, la europeización de nuestro país, mientras la Iglesia siga educando las nuevas generaciones más ó menos directamente. Los planes mejores no serán más que papeles; los más generosos propósitos se perderán en el vacío; faltará la primera materia: hombres.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(De *La República de las Letras*)

MITIN EN LAS BAYAS

Grandioso fué el acto del domingo celebrado por la conjunción republicano-socialista. Y decimos grandioso por dos conceptos: por lo bien que lo hicieron los oradores que en el mitin tomaron parte, y por la orientación nueva que marca en la política local.

Serían las doce del día, cuando recibimos la orden terminante de nuestro director:

—Esta tarde al mitin de las Bayas. A las dos saldremos de aquí.

Y como la orden se acercaba con nuestros deseos, con gran contentamiento, subimos al carruaje, llegada la hora.

El camino era una romería. Los carruajes, repletos de gente, casi se tocaban unos con otros. De todas las veredas y caminos afluyen sin cesar hombres y mujeres, vestidas ellas, con sus trajes de colores; ellos, con sus cortas blusas negras, sus calzones de pana y sus nuevas, blanquísimas alpargatas.

Marchaban todos alegres y llenos de entusiasmo. De un entusiasmo casi increíble en estos campesinos, cuya característica ha sido siempre el desconfiar de todo y no creer más que al amo.

Llegamos al casino de las Bayas y nuestra impresión fué grande al notar los preparativos para el mitin. Al aire libre se alzaba la tribuna, adornada de palmas y flores. En dos ángulos de ésta, se alzaban los estandartes de Baya alta y baja. En otro de los ángulos, altiva, enhiesta y poderosa, ondulaba la bandera tricolor.

Todo respiraba vida, salud, belleza. Se oía á flores y á romero. Se extasiaba la vista contemplando caras bonitas.

De pronto volvimos la cara, para seguir admirando el paisaje, y ¡oh contrastes de las cosas! Nuestra mirada se encontró con las paredes negruzcas, desconchadas de la pequeña y vieja ermita.

Ni buscado á propósito, podía encontrarse un cuadro que hablara con más elocuencia. Miramos á un lado y vimos alegría, mucha alegría: flores, muchas flores; vida, mucha vida. Miramos á otro y notamos vejez, tristeza. La ermita tenía en lo alto un ventanuco abierto. Escrutamos en él. Nada. Oscuridad, mucha oscuridad.

Allí estaba el pasado y el presente. De un lado la tribuna donde en breve se alzarían voces elocuentes para pregonar la libertad y la emancipación del hombre. De otro lado la iglesia, representando siglos y siglos de esclavitud y de fanatismo...

La voz de Bruñal, que anunciaba el comienzo del mitin, nos cortó nuestras meditaciones.

Con recogimiento escuchamos los discursos razonados y entusiastas de nuestros amigos Hernández, Carbonell, Martínez, Orts, Román, Pérez, Vives y Sansano.

Admirables estuvieron todos, fustigando con dureza al caciquismo. De sus labios salieron valientes protestas contra las injusticias sociales.

Pero, por si faltaba algo; por si la voz de estos porta-estandartes de la libertad, no fuese bastante, la propia Naturaleza, quiso tomar parte en la protesta.

Se encontraba el último de los oradores, el Sr. Sansano, acabando su peroración cuando sentimos instantáneamente, un rumor ensordecedor, patente, extraño insólito. Quedamos perplejos. El rumor continuaba. Parecía salir de la tierra que pisábamos. Era un tremendo huracán, que rugiente, avasallador, recogía las palabras y el espíritu de los allí congregados y las llevaba á la ciudad, para hacer entrega de ellas, con su voz poderosa, á los mandones que habían puesto al pueblo en el estado que se encuentra.

Y lo sentíamos alejarse, tronchando á su paso cuantos obstáculos encontraba, encorvando las mieses, hasta hacer tocar las espigas en el suelo, mientras en lo más alto de la tribuna, altiva, enhiesta y poderosa, desplegada por completo y con el asta doblada por la fuerza del viento, ondulaba con recias ondulaciones, la bandera tricolor que parecía un símbolo...



EL CONVENTO

*Recinto austero de paredes viejas
era el convento en tiempos penitentes,
hoy es mansión de muros relucientes,
lindo palacio de doradas rejas.*

*Dieron ayer las monacales tejas
cómodo abrigo á perezosas gentes;
nuestros monjes en celdas diferentes
hoy á la vez son zánganos y abejas.*

*Hoy, tan solo rezar, es disparate,
la industria hay que ejercer con santo celo;
hoy el convento no es para el orate,
hoy es mansión donde con puro anhelo
se salva el alma haciendo chocolate
y vendiendo licor, se gana el cielo.*

LUIS DE IAPIA



OBRAS DEL CACIQUISMO

La cuestión BLANCO Y NEGRO

Suponemos enterados á nuestros lectores de la hojita que circuló el martes y que firmaban los músicos de «Blanco y Negro.»

Lo que no nos atrevemos á suponer es que convencieran á nadie las razones que alegan los músicos para negarse á tocar sus pitos en Elche.

Está toda la hojita llena de vaguedades y re-

vela cierto temor á decir las cosas claras. Aparte de las inexactitudes que contiene.

Con efecto, ni uno ni otro de los inculpados en ella,—pueblo y Corporación municipal—han intervenido para nada en el enojoso asunto que va á traer como consecuencia, la disolución de «Blanco y Negro».

Si esta brillante entidad artística desaparece—y conste que lo sentiremos de verdad—culpa será de D Manuel Gomez y de los músicos que la componen.

Porque «Blanco y Negro» invocará ahora el patriotismo, pero es lo cierto que en otra ocasión, cuando la manifestación popular en honor de Sansano, pactó con el cacique á espaldas del pueblo, un acuerdo que desairaba á los elementos populares.

Y «eso no es patriotismo», como diría un personaje de *La Rabalera*.

Nosotros lo diremos bien clarito: D. Manuel Gómez *exigió* de la Banda que hiciese objeto de una descortesía al pueblo de Elche. Se lo *exigió* porque para eso es el cacique. Y la Banda accedió sumisa á los deseos caciquiles. Solo que después, arrepentidos los músicos de «Blanco y Negro» de la ofensa que á gran parte de Elche hicieron, sintieron la necesidad de una reconciliación con el pueblo, y no acertaron á seguir el camino que les hubiera llevado á conseguirla.

Encargaron la delicada misión, de desagraviar á los justamente ofendidos, á D. Manuel Gómez que tan necesitado está de una reconciliación análoga.

Y D. Manuel no consiguió su objeto, á pesar de las promesas que en este sentido hubo de hacer á «Blanco y Negro.»

Ya se ve, pues, que entre el cacique y los músicos anda el juego.

El pueblo es inocente, y resulta ilógico castigarle, privándole de música por un hecho en que él fué el ofendido.

Que conste.

Amor sin leyes

¡Amor! palabra mágica que conmueve todas las fibras de nuestro ser ¡Amor! nombre sublime que nos hace revivir de alegría; que nos saca del letargo en que nos sumen las luchas de la vida, por lo regular mayores que nuestras fuerzas; que nos venda los ojos ante las miserias de la existencia, para remontarnos á regiones ideales, donde no vemos explotadores que absorban sangre de explotados, ni opulentos banqueros que derrochen con tranquilidad incalificable, lo que pudiera ser salvación de muchas vidas, extinción de muchas desgracias.

Para todos es lo mismo el amor. No hace distinciones entre millonarios y miserables. Verdad es, que también nos produce malos ratos, también nos da pesares, también nos da tristezas. Pero aun así hemos de convenir con Campoamor en que

Todo en amor es triste,
más triste y todo es lo mejor que existe.

Decidme vosotros, labriegos, ¿no recibís una alegría grandísima, cuando después de transcurrir el día, agobiados por el rudo trabajo, y al llegar esa hora de misterio para los campos, esa hora de reposo y de silencio que empieza en el crepúsculo vespertino, regresáis á vuestra humilde casucha, con las herramientas al hombro y el pensamiento puesto en vuestra compañera, que al veros llegar, os tiende con afán sus brazos, ofreciándoos amor desinteresado, amor puro, sin pizca de engaño, ni de farsa, ni de convencionalismo?

Y vosotros, jóvenes alegres, cuando en la época de la vendimia trabajáis jnto á la moza querida que os tienta con el abrasar de sus ojos, ¿no sentís un placer indescriptible al pellizcar una hermosa curva, ó al juntar — en un descuido de los demás — vuestros labios ávidos de besos, con los rojos y ardientes de la amiga que á vuestro lado entona canciones de amoríos?

Si, es muy bello, el amor pero mirado de esta manera; siendo libre.

Todos estamos convencidos de lo excelso, de lo bueno y de lo grandioso que es un amor libre. Entonces ¿por qué reglamentarlo? ¿Por qué imponerle leyes?

¿Por qué mezclarlo unas veces con la bendición de un cura, y otras, con la firma de un juez? Dos cosas completamente inútiles, innecesarias y hasta puede que perjudiciales.

¿Cuántos matrimonios existen en nuestra sociedad, que fingen, para el mundo, una felicidad, que no existe, mientras interiormente se odian y se desean, los consortes, la muerte, entre sí, como único medio de verse separados, ya que no tienen el valor, la fuerza de voluntad, para imponerse á *qué dirán* del mundo, y lanzarse, en busca de la felicidad por otro camino, ya que aquel lo equivocaron!

Son espíritus débiles, son espíritus pusilánimes, á los que hay que compadecer.

¿Y crees, acaso, que solamente pertenecen á esta clase, los reaccionarios, los atrasados, los que piensan á la antigua? No, no, os equivocáis. También hay de ideas *radicales*, también hay de ideas *avanzadas*, republicanos y hasta socialistas, que van á lá iglesia, cuando se encuentran en el trance del matrimonio, á recibir pasivamente, tranquilamente, la *santa* bendición de un *santo* padre.

—Yo no quiero á los curas—me decía uno de estos no hace mucho—pero ¡está tan feo que uno se case sin ir á la iglesia!

¡Infelices!!

Y luego gritarán en la calle, discutirán en el círculo y hablarán en el mitin, diciendo que quieren el progreso, que quieren la regeneración.

No es así como se obra. Hay que predicar con el ejemplo. Los verdaderos progresistas: los que sienten en su pecho el deseo de las causas vobles, deben lu-

char sin volver el rostro hacia atrás; luchar con empeño hasta conseguir la anhelada victoria.

Los otros son charlatanes de feria, de los que no hay que hacer caso.

ROMEO

El Papa, violador

Tranquilícense los lectores, que no se trata de violaciones como las cometidas por aquel bendito cura de Crevillente, que á estas horas goza de la mayor libertad, y se ve rodeado de beatas guapas, y de robustos y coloradotes creyentes,

Lo que la suprema representación del catolicismo ha violado, es el siglo sacramental de la confesión, el tan cacareado «secreto» que sirvió á la Iglesia para combatir y aniquilar á sus detractores en épocas pasadas.

Es el caso que un sacerdote romano, don Gustavo Bercessi, hubo de saber por medio de la Confesión, que cinco sacerdotes de Roma, laboraban secretamente por el triunfo de la secta modernista.

Y llevado por su charlatanería, fué y comunicó la existencia de esos trabajos contrarios á la Iglesia, al jesuita Bricaselli, aunque ocultando los nombres de los presbíteros que en la rebelde labor se ocupaban. Con este requisito creía D. Gustavo cumplir el precepto del siglo, y tranquilizaba su conciencia.

Pero Bricaselli, que es jesuita, lo que quiere decir rufian, delator, bellaco, etc., se apresuró á enterar de la confidencia recibida al general de la orden, y este á su vez lo puso en conocimiento del Papa.

Saberlo Pio X y llamar al cura Bercessi, fué todo uno. En seguida le requiriríó para que le diera los nombres de los cinco presbíteros disidentes, relevándole del siglo sacramental que debía guardar.

Resistióse Bercessi, pero se entregó al cabo á la habilidad y astucia del Papa, quien le prometió no tomar represalias contra los rebeldes curas.

Y efectivamente, á los pocos días, eran objeto los sacerdotes modernistas, de una persecución crueíísima ordenada por Sarto.

Tan inicua bellacada, que el Papa ha cometido por encima del derecho divino y el eclesiástico, ha impulsado al engañado Bercessi á separarse de la Iglesia Católica.

Y al separarse ha dicho:

«Me voy de esa institución malvada, sin honor, ni fe, ni caridad, ni honradez, en la que es posible que su cabeza cometa impune-

mente una atrocidad semejante á impulsos del odio. Esa es la Iglesia que dió un salvoconducto á Juan Hus, y cuando flado en él, se le acercó, le quemó vivo con el infame pretexto de la más inicua teoría: la de que la fe jurada no rige con los herejes».

La manifestación de hoy

Hoy á las nueve se celebrará una manifestación grandiosa, cumpliendo el acuerdo tomado por el Comité de Conjunción Republicano-Socialista Español.

Como los fines de la manifestación son altamente justicieros, nosotros esperamos que todos los hombres de recto criterio, acudan á ella para engrosar sus filas.

El objeto que conduce á los conjuncionistas á manifestarse este domingo, es el de pedir á los poderes públicos la realización de los extremos siguientes:

Derogación inmediata de la ley de Jurisdicciones.
 Reforma del Código de Justicia militar.
 Revisión de los procesos seguidos contra Baró, Clemente García, Hoyos, Ferrer y Malet.
 Apartamiento de toda política de aventuras en África.

Instauración del servicio militar obligatorio.
 Supresión del impuesto de consumos.
 Transformación de la Hacienda Nacional, para que los impuestos se asienten sobre bases equitativas y los gastos se apliquen á satisfacer necesidades del país.

«Pueblo! tú eres el más interesado, en que se consiga todo esto, porque eres el más pobre, el que todo lo sufre y el que todo lo padece.

Con el servicio militar obligatorio, desaparece el privilegio de los ricos, que les permite con 1500 pesetas, llbrarse de sufrir las incomodidades de la vida de cuartel y la más pesada de campaña, en caso de guerra.

Desapareciendo los consumos, desaparece ese impuesto odioso y arbitrario, por el cual lo mismo paga el infeliz bracero, que gana 6 reales al día, que el rico y feliz hacendista que siempre ve repleta su bolsa.

Yendo hacia la revisión de los procesos incoados contra cinco individuos, á quienes se les arrancó la vida, tendremos la posibilidad de ver probada de una manera definitiva su inocencia, que será el mayor estigma contra la sangrienta represión ciervuna.

Acudid todos como un solo hombre y que la unión compacta de los de abajo, pueda aterrar á los que están arriba.

Gran fábrica de Almidón de trigo puro

Elaboración moderna y esmerada de

GUZMAN y VICENTE PENALVA

DESPACHO AL POR MAYOR Y MENOR

Calle Puerta Mora núm. 46

Se reciben encargos en el Centro Industria Alparagatera por su conserje JERÓNIMO TORRES.

TIP. CARBONELL Y BELDA, CASTAÑOS, 18.-ALICANTE

Todos los trabajos al día

CASTAÑOS, 18

TIPOGRAFIA

CARBONELL Y BEIDA

—≡ Castaños, 18.~ALGANTFE ≡—

Trabajos comerciales y de lujo, los más modernos en el arte tipográfico

Rayados de todas clases ☞ Tarjetaria ☞ Especialidad en membretes

Cartalería y confección de periódicos ☞ Edición de obras

Billeteje para teatros, cines y plazas de toros

Máquinas especiales para el fotograbado

CASTAÑOS, 18

PRECIOS ECONÓMICOS